



CARI / ASUNTOS GLOBALES

Número 2
Diciembre 2025

América Latina

**Ecos de la contención:
cómo Truman y Nixon ayudan
a comprender a Trump**

Luis L. Schenoni

Ecós de la contención: cómo Truman y Nixon ayudan a comprender a Trump



Luis L. Schenoni

Doctor en Ciencia Política (Universidad de Notre Dame). Investigador asociado en la Universidad Torcuato Di Tella. Profesor asociado y director del Programa de Estudios de Seguridad en el Departamento de Ciencia Política de la University College London. Correo de contacto: luis.schenoni@ucl.ac.uk

1. Introducción

Un enfoque original para interpretar a Trump

Si bien el orden internacional liberal venía mostrando signos de erosión antes de que Donald Trump regresara a la Casa Blanca para un segundo mandato el 20 de enero, lo que hemos presenciado desde entonces puede caracterizarse, con propiedad, como el cambio más abrupto en la política exterior de Estados Unidos y el impacto más significativo en la estructura del comercio internacional y de las alianzas militares en muchas décadas. ¿Cómo conceptualizar este cambio? ¿Por qué se está produciendo? ¿Y qué cabe esperar en términos del comportamiento futuro de Estados Unidos, de las reacciones de otras potencias y del desenlace global de este proceso?

En este artículo propongo un enfoque metodológico original: examinar dos momentos posteriores al fin de la Guerra Fría en los que Estados Unidos modificó de manera semejante su política exterior y buscó rediseñar las reglas del juego de la política internacional: las presidencias de Harry Truman (1945-1953) y Richard Nixon (1969-1974).

A diferencia de otras coyunturas —como la del fin de la Guerra Fría, cuando Estados Unidos redobló su compromiso con el orden internacional liberal—, las presidencias de Truman y Nixon se caracterizaron por un apartamiento de los principios liberales y por el uso de la política exterior *realpolitik* para consolidar el poder estadounidense. Por ello, las analizo aquí con mayor detenimiento, como espejos históricos de lo que ocurre en la actualidad. Como se demostrará, muchos de los fe-

nómenos que algunos analistas presentan como “sin precedentes” ya habían acontecido en aquellas coyunturas.

Al igual que Trump en la actualidad, Truman y Nixon gobernaron Estados Unidos en momentos decisivos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando el país percibía que su primacía se veía amenazada por un competidor en ascenso: la Unión Soviética (un par estratégico comparable a la China de hoy). Las similitudes de comportamiento que examino en este artículo sugieren, en efecto, que existen fuerzas estructurales capaces de sostener procesos de desacoplamiento profundo y de anticipar un enfrentamiento prolongado entre China y Estados Unidos en las próximas décadas, de modo semejante a lo ocurrido entre Washington y Moscú durante extensos períodos de la Guerra Fría posteriores a las presidencias de Truman y Nixon.

De ello se desprende una primera conclusión: por caótico que pueda parecer, lo que Estados Unidos está intentando hacer ahora es aprovechar todo su poder económico y militar para reconfigurar el tablero en el que se desarrollará en el futuro la competencia con China, y aumentar sus probabilidades de imponerse frente a este nuevo competidor en ascenso.

En este artículo me mantengo agnóstico respecto de los mecanismos y actores que han conducido a las respuestas de Estados Unidos frente a competidores pares, tanto en el pasado como en el presente. No sugiero que Truman, Nixon y Trump hayan seguido una hoja de ruta detallada o una estrategia de política exterior claramente delineada. Tampoco afirmo que lo que observamos sea únicamente el resultado de una “mayoría silenciosa” de estadounidenses preocupados por la primacía del país y obsesionados con las amenazas externas, que habrían impulsado a estos líderes al poder. Como diría Kenneth Waltz: no ofrezco una teoría de la política exterior.

Sostengo, sin embargo, que en contextos estructurales similares Estados Unidos ha perseguido de manera sistemática cuatro objetivos de política exterior: el cerco geopolítico de su principal rival; el uso de la disuasión militar; el unilateralismo económico dirigido tanto contra adversarios como contra aliados (en este último caso, para imponer una alineación más estrecha); y la utilización de la incertidumbre como herramienta de política exterior.

Sugiero, a modo de conclusión, que estas cuatro similitudes relevantes constituyen una suerte de reflejo de gran potencia, capaz de ofrecernos una comprensión más clara de lo que está haciendo Estados Unidos, de cómo es probable que reaccionen otros actores y del mundo que se avecina. En síntesis, ello indica que, salvo el estallido de una tercera guerra mundial, Estados Unidos probablemente conservará su supremacía militar y sentará las bases de una nueva Guerra Fría.

2. La política exterior de Truman: forjando una Guerra Fría a fines de la década de 1940

Uno de los principales argumentos de los académicos que rechazan calificar la situación actual entre China y Estados Unidos como una “Guerra Fría” es que el nivel de interacción económica entre ambos países es hoy mucho mayor que el que

existió alguna vez entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Además, sostienen que, a diferencia de la Guerra Fría original, la confrontación actual carece de los componentes ideológicos que caracterizaron a aquella. Considero que, si bien esta evaluación puede ser en términos generales correcta, tales autores tienden a pasar por alto la magnitud de la interacción económica y política que se produjo entre Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. La Guerra Fría, en otras palabras, fue el resultado de un proceso en el que Truman y Joseph Stalin compitieron por aliados, desacoplaron sus economías, desarrollaron el marco ideológico de su rivalidad, consolidaron sus respectivas esferas de influencia y establecieron las reglas de la competencia bipolar para los cuarenta años siguientes.

Es ampliamente conocido que Estados Unidos y la Unión Soviética fueron aliados durante la Segunda Guerra Mundial, y que la Ley de Préstamo y Arriendo (*Lend-Lease Act*, 1941) permitió a Washington suministrar pertrechos bélicos a las naciones aliadas. La URSS se convirtió en uno de los principales beneficiarios después de junio de 1941, cuando Alemania invadió el territorio soviético. Para 1943, la ayuda del programa de *Lend-Lease* se encontraba en plena ejecución. En Estados Unidos, una campaña propagandística presentaba a Stalin como *Uncle Joe* con el fin de reforzar la alianza, y en Teherán Franklin Delano Roosevelt prometió a Stalin que el Reino Unido y Estados Unidos abrirían un frente occidental. Estados Unidos no solo envió pertrechos militares (tanques, aviones, camiones y municiones), sino también locomotoras, material ferroviario, maquinaria industrial, alimentos, medicinas y materias primas. La ayuda total del programa *Lend-Lease* a la URSS ascendió a unos 150.000 millones de dólares actuales, suma que se esperaba fuese íntegramente reembolsada. A cambio del apoyo de Roosevelt, Stalin participó en las negociaciones de San Francisco y Bretton Woods, lo que evidenció su buena disposición y fortaleció las perspectivas de una plena incorporación soviética al orden internacional liberal de posguerra. Cuando los tres líderes redibujaron el mapa de Europa en Yalta, en febrero de 1945, Stalin aún prometía respetar la independencia y la democracia de los países de Europa Oriental, aunque para entonces ya era notoria la desconfianza de Churchill hacia él.

No obstante, todo cambió tras la caída de Berlín en abril. La posición soviética se vio fortalecida. Durante la Conferencia de Potsdam, en julio, se profundizaron los desacuerdos sobre el destino de Alemania, las reparaciones y la autonomía de Europa Oriental. La reciente muerte de Roosevelt y la llegada de Truman a la presidencia imprimieron un giro: este adoptó una postura mucho más firme frente a Stalin, lo que marcó el paso de la cooperación en tiempos de guerra a una desconfianza mutua. En definitiva, 1945 selló el destino de la inminente Guerra Fría.

Al igual que con China en la actualidad, Estados Unidos esperaba que la Unión Soviética se integrara a Occidente después de la guerra. Del mismo modo en que Washington ofreció más tarde a China la posibilidad de incorporarse al capitalismo occidental, el programa *Lend-Lease* había abierto una oportunidad similar para la URSS. Sin embargo, Moscú —como Pekín hoy— optó por la competencia. ¿Y quién podría reprochárselo? Tras haber perdido 27 millones de personas, en parte debido a la demora de Occidente en organizar el desembarco en Normandía, Moscú parecía

tener pleno derecho a recurrir a su abrumador poder militar para intentar asegurar la hegemonía sobre Europa.

Ahora bien, ¿se conformó Estados Unidos con aceptar la situación? Por supuesto que no. Truman buscó arrinconar a la URSS de cuatro maneras:

2.1. Cerco geopolítico: la política de contención de Kennan

La primera reacción de Estados Unidos fue rodear a la URSS mediante la consolidación de su presencia en Alemania y Japón, y el fortalecimiento de sus aliados, cercando así a Moscú. Los principios básicos de esta estrategia fueron expuestos en el “Telegrama Largo” (*Long Telegram*) de George Kennan en 1946. Kennan, entonces diplomático estadounidense en Moscú, sostenía que la Unión Soviética era inherentemente expansionista y que Occidente debía responder con una política de contención paciente, firme y vigilante frente a su influencia. Esta idea se formalizó en su “Artículo X” (*X Article*) de 1947 y se combinó posteriormente con la doctrina Truman —que prometía apoyo a los países que resistieran al comunismo— y con los planes orientados a reconstruir y estabilizar económicamente a Europa Occidental y a Japón.

Una aplicación temprana clave de la contención fue el apoyo de Estados Unidos y el Reino Unido a Grecia y Turquía en 1947, cuando ambos países enfrentaban presiones comunistas internas y externas. Este episodio marcó un punto de inflexión crítico: Grecia y Turquía recibieron ayuda económica y militar, y pasaron a ser considerados baluartes estratégicos frente a la expansión soviética hacia el Mediterráneo oriental y Medio Oriente.

A medida que Stalin bloqueaba Berlín en 1948, respaldaba a la China comunista en 1949 y apoyaba a Corea del Norte en 1950, Estados Unidos redobló esta estrategia de contención. En abril de 1949 creó la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), seguida por la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO) en 1954 y la Organización del Tratado Central (CENTO) en 1955. Estas alianzas reflejaron la ampliación del alcance de la contención, con el objetivo de conformar una cadena de naciones aliadas que bloqueara la influencia soviética desde Europa Occidental hasta Oriente Medio y el Sudeste Asiático. La respuesta soviética fue la firma del Pacto de Varsovia en 1955, que consolidó los dos bloques de alianzas de la Guerra Fría.

2.2. Disuasión militar: preparación en todos los frentes

El otro pilar de la estrategia de Truman consistió en impedir que la Unión Soviética utilizara sus abrumadoras fuerzas armadas de un modo que pudiera alterar de manera fundamental el equilibrio de poder existente —por ejemplo, mediante un intento de apoderarse de Berlín Occidental o incluso de toda Europa Occidental—.

Para disuadir a la URSS de recurrir a un rediseño tan agresivo del mapa geopolítico por la fuerza, Estados Unidos adoptó una estrategia de disuasión, amenazando con represalias abrumadoras en caso de que los soviéticos dieran ese paso. Este enfoque combinaba la disuasión por negación —hacer que la agresión resultara físicamente

difícil o imposible— con la disuasión por castigo —prometer consecuencias devastadoras (atómicas) ante cualquier intento semejante—.

Cuando Truman se reunió con Stalin en la Conferencia de Potsdam, en 1945, los contornos de la disuasión por castigo ya eran evidentes. Truman insinuó deliberadamente la posesión de un arma nueva y poderosa —la bomba atómica—, en una clara advertencia a Stalin. El uso posterior de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki no solo provocó la rendición de Japón, sino que también constituyó una demostración dramática de la superioridad militar estadounidense.

En paralelo, Estados Unidos puso en práctica la disuasión por negación. Esto se tradujo en una enorme presencia militar en la Europa de posguerra, con 2,8 millones de soldados estadounidenses desplegados en bases ubicadas en puntos estratégicos como Alemania Occidental, el Reino Unido e Italia. Estas fuerzas tenían por objeto bloquear físicamente cualquier intento soviético de expandirse hacia el oeste por la fuerza, negándoles así la oportunidad.

Esta estrategia más amplia de contención —dirigida a impedir la expansión del comunismo— no fue meramente retórica, sino que se respaldó con la amenaza creíble y el uso efectivo de la fuerza. Cuando Corea del Norte invadió Corea del Sur en 1950, Estados Unidos, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, respondió con una fuerza militar abrumadora. Esta reacción constituyó una señal clara de que Washington estaba dispuesto a actuar con decisión para contener al comunismo más allá de Europa, reforzando así el alcance global de la doctrina de Truman.

2.3. Unilateralismo económico: exclusión soviética y descolonización

Como se señaló anteriormente, al concluir la guerra Estados Unidos esperaba que la Unión Soviética desempeñara un papel constructivo en la reconstrucción de la economía mundial. Sin embargo, las divisiones ideológicas y la desconfianza geopolítica se profundizaron rápidamente y, hacia 1947, la ruptura era evidente. En junio de ese año, Estados Unidos lanzó unilateralmente el Plan Marshall, que ofrecía alrededor de 150.000 millones de dólares actuales (aproximadamente la misma suma transferida a Moscú entre 1943 y 1945) en ayuda a las naciones europeas devastadas por la guerra. Aunque el programa estaba oficialmente abierto a todos —incluida la URSS—, la Unión Soviética lo rechazó y presionó a los países del bloque oriental para que hicieran lo mismo. Moscú percibió, con acierto, que se trataba de un caballo de Troya destinado a expandir la influencia estadounidense, afianzar el capitalismo norteamericano y consolidar la primacía del dólar en las finanzas internacionales.

En respuesta, la Unión Soviética creó su propia alternativa. En enero de 1949, estableció el Consejo de Ayuda Mutua Económica (COMECON), integrado inicialmente por la URSS, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania y Bulgaria. El COMECON buscaba promover la planificación y el desarrollo económico coordinados dentro del bloque oriental, priorizando el comercio intrabloque y la asignación de recursos según planes quinquenales centralizados. Estados Unidos, naturalmente, boicoteó la iniciativa y, a comienzos de la década de 1950, la economía mundial había quedado efectivamente escindida en dos esferas en competencia. El comercio y la inversión a

través del Telón de Acero se redujeron al mínimo, y la cooperación económica entre ambos bloques se tornó prácticamente imposible.

Otro rasgo fundamental de la política económica internacional de la era Truman fue la disciplina impuesta a los aliados, lo que guarda ciertas similitudes con la manera en que Trump ha tratado a los socios estadounidenses en la actualidad. Potencias como el Reino Unido y Francia intentaban proteger a sus élites capitalistas y aferrarse a sus imperios coloniales. En consecuencia, Estados Unidos actuó con firmeza incluso frente a sus propios aliados, con el propósito de instaurar un orden internacional basado en el dólar y obligarlos a dismantelar sus imperios. En la Conferencia de Bretton Woods de 1944, el Reino Unido —representado por John Maynard Keynes— intentó preservar cierto grado de soberanía financiera mediante la propuesta de una moneda supranacional y un papel más relevante para la libra esterlina. El esfuerzo fracasó. Estados Unidos rechazó esa visión e impuso al dólar como columna vertebral del sistema financiero internacional. De manera análoga, la presión estadounidense desempeñó un papel decisivo al forzar al Reino Unido y a Francia a descolonizarse y abandonar cualquier pretensión de mantener una política imperial independiente. Esto se evidenció con mayor claridad durante la crisis de Suez de 1956, cuando el Reino Unido y Francia invadieron Egipto para recuperar el control del canal de Suez nacionalizado, y Estados Unidos aplicó una intensa presión económica que los obligó a retirarse.

2.4. Política exterior del “loco”: el “Missouri Mule”

Finalmente, uno de los rasgos más llamativos de la política exterior de Truman fue su aparente componente de irracionalidad: una imprevisibilidad que con frecuencia desdibujaba la frontera entre el fervor ideológico y la lógica estratégica. Sus decisiones, en ocasiones erráticas, violentas o excesivas, proyectaban la imagen de un líder dispuesto a actuar con una peligrosa determinación. Sus contemporáneos lo apodaron el “Mulo de Misuri” (*Missouri Mule*) por su estilo confrontativo y caprichoso.

Esa percepción —fuese cultivada o incidental— añadió una capa de credibilidad a la disuasión estadounidense. Para aliados y adversarios, la posibilidad de que Estados Unidos pudiera ir más allá de lo esperado aumentaba su poder de negociación.

Un ejemplo claro fue la decisión de Truman de lanzar bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945. Este acto constituyó no solo una contundente demostración de la supremacía militar estadounidense y un medio para poner fin a la guerra, sino también una señal inequívoca dirigida a la Unión Soviética. La ausencia de advertencia previa o de un ataque demostrativo, combinada con la destructividad sin precedentes de las bombas, introdujo un nuevo y aterrador estándar en la guerra. Truman parecía dispuesto a recurrir a una fuerza abrumadora sin vacilación. Esa percepción contribuyó a sentar las bases del *nuclear brinkmanship* —la idea de que el presidente podía optar por una escalada catastrófica—, lo que hacía más creíble la disuasión estadounidense.

La política exterior de Truman también se caracterizó por giros abruptos y dramáticos. Aunque en un comienzo se mostraba escéptico respecto de una participación internacional profunda, pronto se convirtió en arquitecto de la Guerra Fría al

proclamar la doctrina Truman en 1947 y comprometer el apoyo de Estados Unidos a las fuerzas anticomunistas en todo el mundo. Para los observadores extranjeros, incluidos los aliados de Estados Unidos, esos cambios podían parecer reactivos y volátiles, incrementando las tensiones globales en lugar de reducirlas, especialmente cuando la URSS se encontraba literalmente a sus puertas.

En el ámbito interno, esta intensidad ideológica se manifestó en acciones que reforzaron la sensación de un país en estado de alerta permanente. Mucho antes de que el macartismo alcanzara su apogeo, la administración Truman ya había sentado las bases de una vigilancia ideológica interna. El Programa de Lealtad de los Empleados Federales, instaurado en 1947, autorizaba investigaciones sobre los trabajadores federales sospechados de afiliaciones “subversivas”.

La Guerra de Corea (1950-1953) reforzó la imagen de Truman como un presidente altamente ideológico y capaz de acciones audaces e imprevisibles. Lo que comenzó como un compromiso limitado con la contención escaló rápidamente hacia una intervención militar de gran escala bajo el mandato de las Naciones Unidas. El general Douglas MacArthur, quien abogaba por expandir la guerra hacia China —e incluso sugería el uso de armas nucleares—, contribuyó de manera significativa a este extremo juego de riesgos. Aunque Truman finalmente destituyó a MacArthur y se abstuvo de utilizar nuevamente bombas atómicas en Corea, la ambigüedad en torno a esa decisión mantuvo en vilo tanto a enemigos como a aliados. Esa incertidumbre calculada intensificó la percepción de que Estados Unidos podía escalar sin previo aviso, reforzando así la credibilidad de su postura disuasiva.

En suma, la política exterior de Truman se definió no solo por su rigidez ideológica, sino también por un calculado —y en ocasiones inadvertido— sentido de amenaza. Su disposición a tomar medidas extremas generó una ambigüedad estratégica profundamente perturbadora para los adversarios, que incrementaba la capacidad disuasiva estadounidense aun a riesgo de caer en excesos y sobrerreacciones. Un patrón que guarda notables semejanzas con lo que observamos hoy en la política exterior de Trump.

3. La política exterior de Nixon: forjando la distensión en los años sesenta

El final de la década de 1960 ofrece paralelismos significativos con la actualidad, en particular por la percepción de un declive estadounidense frente a su principal rival global y la consecuente necesidad de fortalecer las alianzas para mantener la competitividad. En aquel entonces, las preocupaciones sobre el declive norteamericano se veían alimentadas por varios factores: los reveses en la carrera espacial, el atolladero persistente en Vietnam, la expansión mundial de los movimientos guerrilleros y socialistas, y una profunda inestabilidad política interna.

Estos desafíos alimentaron de manera decisiva la frustración y el desencanto de la opinión pública con la conducción de los asuntos internacionales, lo que a su vez desempeñó un papel clave en la elección de Richard Nixon. Al asumir la presidencia, Nixon introdujo un enfoque radicalmente nuevo en la política exterior tanto hacia la Unión Soviética como hacia los propios aliados de Estados Unidos. Su primer mandato marcó un cambio sustancial en la dinámica de la Guerra Fría, inaugurando

un período de distensión (*détente*) —caracterizado por una deliberada reducción de las tensiones— y redefiniendo las relaciones de Estados Unidos dentro de la alianza occidental.

3.1. Cerco geopolítico: la diplomacia triangular de Kissinger

Uno de los paralelismos más notorios entre las presidencias de Trump y Nixon radica en su aproximación a la diplomacia de las grandes potencias, en particular en la forma en que ambos recurrieron a China (entonces) y a Rusia (ahora) para redibujar el mapa de alianzas.

Durante la presidencia de Nixon, el consejero de Seguridad Nacional —y posteriormente secretario de Estado— Henry Kissinger orquestó una audaz y calculada maniobra de política exterior conocida como diplomacia triangular. Esta estrategia buscaba aprovechar la creciente fractura entre la Unión Soviética y China mediante el compromiso simultáneo con ambas potencias, con el fin de aumentar la capacidad de influencia de Estados Unidos sobre cada una de ellas.

El componente más decisivo de esta estrategia fue la histórica apertura a China en 1972: un auténtico terremoto diplomático que llevó a Nixon, un anticomunista convencido, a convertirse en el primer presidente estadounidense en visitar la República Popular China. Este gesto no respondía a una afinidad ideológica con el Partido Comunista Chino, sino a un cálculo estratégico: aislar y presionar a la Unión Soviética, alterando así el equilibrio de poder en una fase particularmente tensa de la Guerra Fría. Sin embargo, la decisión generó una gran controversia en Estados Unidos.

Sectores tanto de izquierda como de derecha —incluidos algunos de los aliados tradicionales de Nixon— consideraron la apertura como una traición a los principios anticomunistas. Los críticos lo acusaron de legitimar un régimen totalitario responsable de una represión generalizada y de la reciente Revolución Cultural. Algunos sectores más duros incluso lo tildaron de traidor, incapaz de conciliar su retórica pasada con este inesperado viraje diplomático. No obstante, para Nixon y Kissinger el fin justificaba los medios: al reconfigurar las alianzas globales y explotar las rivalidades entre potencias comunistas, entendían que estaban asegurando los intereses estratégicos de largo plazo de Estados Unidos, aun a costa de quebrar tabúes políticos en el plano doméstico.

En última instancia, la apuesta dio fruto: el acercamiento a China incrementó la presión sobre Moscú para avanzar hacia la distensión (*détente*), lo que a su vez contribuyó a acuerdos de control de armas —como el SALT I— y a una reducción parcial de las tensiones propias de la Guerra Fría.

3.2. Disuasión militar: reconocimiento de la destrucción mutua asegurada (MAD)

Otro paralelismo notable entre las presidencias de Nixon y Trump radica en su instinto compartido de repliegue estratégico, a menudo presentado como una forma de aislacionismo. Tanto la retirada progresiva de Nixon de Vietnam como la oposi-

ción persistente de Trump al involucramiento de Estados Unidos en Medio Oriente y Asia Central reflejaban, en ambos casos, la intención de reducir los compromisos militares en el exterior. Sin embargo, este repliegue se acompañó de una disposición a emplear una fuerza abrumadora a distancia —en particular mediante el poder aéreo— para proyectar fortaleza evitando, al mismo tiempo, un despliegue terrestre de gran escala. El paralelismo con Truman, en este sentido, resulta evidente.

En el caso de Nixon, este enfoque se materializó en las operaciones *Linebacker* y *Linebacker II*, dos campañas de bombardeo de gran envergadura emprendidas en 1972 como parte de su estrategia de “paz con honor”. La Operación *Linebacker*, desarrollada entre mayo y octubre, fue la respuesta a la Ofensiva de Pascua de Vietnam del Norte y tuvo por objetivo cortar las rutas de suministro y frenar el impulso enemigo. Cuando las negociaciones de paz en París se estancaron más tarde ese año, Nixon ordenó la Operación *Linebacker II*: una campaña de bombardeos con B-52 durante once días sobre Hanói y Haiphong, conocida como el “bombardeo de Navidad”.

Estas operaciones no perseguían una victoria militar definitiva, sino obligar a Vietnam del Norte a regresar a la mesa de negociaciones en condiciones favorables para Washington. En este contexto, el uso de bombardeos masivos funcionó como un instrumento de diplomacia coercitiva: una demostración de fuerza concebida para facilitar la retirada sin transmitir debilidad. Ello revelaba la paradoja en el núcleo del instinto de política exterior de Nixon —y, en cierta medida, también del de Trump—: el repliegue acompañado de exhibiciones militares contundentes y, en ocasiones, brutales.

En el plano estratégico más amplio, las negociaciones SALT con la URSS subrayaron el papel central de la disuasión. Dejaron en claro que la disuasión por castigo —más que la defensa— constituía la doctrina fundamental de la estrategia estadounidense. Este enfoque aseguraba la paz mediante la amenaza de una represalia nuclear devastadora, un concepto conocido como destrucción mutua asegurada (MAD, por sus siglas en inglés).

3.3. Unilateralismo económico: el *Nixon Shock*

Mientras Nixon avanzaba con la retirada de Vietnam y el acercamiento a China, enfrentaba otro problema acuciante: los aliados de Estados Unidos no contribuían lo suficiente a la OTAN y los automóviles japoneses y alemanes estaban devastando la industria automotriz estadounidense. ¿Le resulta familiar? Como ocurre hoy con Trump, esta situación llevó a Nixon a redefinir por completo el comercio y las finanzas internacionales.

En el denominado *Nixon Shock*, Washington suspendió la convertibilidad del dólar en oro e impuso un recargo del 10 % a las importaciones, lo que marcó un giro decisivo hacia el proteccionismo. A estas medidas se sumaron controles de precios y salarios destinados a contener la inflación y estabilizar la economía interna.

El *Nixon Shock* de 1971 tuvo un efecto particularmente desestabilizador en Japón y Alemania Occidental, dos de los aliados más cercanos de la posguerra y principales socios comerciales de Estados Unidos. Ambos países habían construido economías

orientadas a la exportación bajo el sistema de Bretton Woods, que garantizaba tipos de cambio estables y un acceso confiable al mercado estadounidense.

Cuando Nixon puso fin de manera unilateral a la convertibilidad del dólar en oro —disolviendo de hecho el sistema de Bretton Woods—, las repercusiones económicas y diplomáticas sacudieron a Tokio y Bonn. La consecuencia inmediata fue una fuerte inestabilidad cambiaria. Con el fin de los tipos de cambio fijos, tanto el yen como el marco alemán se apreciaron rápidamente. Para Japón y Alemania, cuya fortaleza económica dependía de exportaciones competitivas como automóviles, productos electrónicos y maquinaria industrial, esta apreciación amenazaba la viabilidad de sus mercados en el exterior, en particular el estratégico mercado consumidor estadounidense. La súbita pérdida de estabilidad cambiaria dificultó la planificación comercial de largo plazo y expuso a sus economías a una mayor volatilidad.

El problema se agravó con el recargo del 10 % a las importaciones, que funcionó como un arancel generalizado y golpeó con mayor fuerza a las economías superavitarias. Japón y Alemania fueron los destinatarios *de facto* de esta medida, aun sin ser mencionados explícitamente. Sus bienes de exportación se encarecieron en el mercado estadounidense prácticamente de la noche a la mañana. Los funcionarios japoneses calificaron la medida como una forma de “guerra económica”, mientras que los líderes alemanes la consideraron un acto agresivo que vulneraba tanto el espíritu cooperativo del orden económico de la posguerra como las normas del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT).

Lo que intensificó la reacción adversa fue la ausencia total de consultas. Ni Japón ni Alemania recibieron aviso previo de las medidas de Nixon. El anuncio unilateral, efectuado sin involucrar a aliados fundamentales, fue percibido como un agravio diplomático y una ruptura de confianza. Ambos países se habían alineado estrechamente con Estados Unidos durante la Guerra Fría, esperando colaboración a cambio. En lugar de ello, fueron tratados como obstáculos frente a la agenda económica interna de Nixon. Esto deterioró la credibilidad estadounidense y abrió en ambos países un debate sobre la conveniencia de reducir su dependencia del liderazgo norteamericano.

A largo plazo, estos *shocks* impulsaron ajustes estructurales. Japón respondió acelerando la diversificación industrial, invirtiendo en productividad y desarrollando una economía más resiliente y de mayor valor agregado. Alemania, por su parte, se orientó con mayor decisión hacia la integración económica europea, sentando las bases de lo que más tarde sería el euro. En ambos casos, el *Nixon Shock* obligó a una reevaluación estratégica sobre hasta qué punto sus futuros debían seguir vinculados al sistema global liderado por Estados Unidos. En esencia, el *Nixon Shock* no solo interrumpió el funcionamiento de los mercados: modificó de manera fundamental la forma en que Japón y Alemania Occidental concebían su papel en el orden internacional. Si bien ambos lograron superar la crisis y adaptarse con éxito, el episodio puso en evidencia los límites de la confiabilidad estadounidense y subrayó, para estos aliados clave, que la autosuficiencia económica y la cooperación regional

podían resultar opciones más seguras que un liderazgo transatlántico ejercido de manera unilateral.

3.4. Política exterior del “loco”: la *Madman Theory* de Nixon

Al igual que Truman antes y Trump después, Nixon implementó estas políticas envuelto en un halo de irracionalidad que llevaba a pensar que estaba dispuesto a perjudicar tanto a aliados como a adversarios y a asumir las apuestas más arriesgadas. El propio Nixon denominó a este enfoque su *Madman Theory*, y los archivos desclasificados confirman que era plenamente consciente de lo que estaba haciendo.

La *Madman Theory* de Nixon tenía raíces en la teoría de juegos, pero incorporaba además una dimensión psicológica: buscaba proyectar una imagen de imprevisibilidad e irracionalidad para presionar a sus adversarios a evitar la confrontación. Al convencer a los líderes en Hanói, Moscú y Pekín de que podía recurrir a medidas extremas —incluso nucleares— en caso de verse provocado, Nixon procuraba explotar la incertidumbre en sus cálculos estratégicos. Una estrategia similar se aplicó en las negociaciones con Alemania y Japón, que en ese momento (como ahora) albergaban un número significativo de tropas estadounidenses en su territorio y seguían siendo altamente dependientes de ellas para su defensa.

Este enfoque no se basaba en una temeridad real, sino en señales cuidadosamente controladas —como advertencias transmitidas por canales secundarios o el aumento deliberado del nivel de alerta militar— que transmitían la idea de que el presidente era capaz de adoptar acciones desproporcionadas o imprevisibles. De este modo se reforzaba el poder negociador de Estados Unidos sin necesidad de escalar abiertamente el conflicto.

En octubre de 1969, por ejemplo, Nixon ordenó una alerta global de las fuerzas nucleares estadounidenses (conocida como *Joint Chiefs of Staff Readiness Test*). Durante varios días, bombarderos armados con armas nucleares sobrevolaron las inmediaciones del espacio aéreo soviético y submarinos nucleares fueron puestos en estado de alerta. El objetivo era enviar una señal a Moscú y Hanói de que Nixon podía llegar a escalar hasta un conflicto nuclear global. Esta estrategia se repitió en varias ocasiones, en el contexto de los bombardeos sobre Camboya y Laos, y en el aumento de la alerta al máximo nivel durante la guerra de Yom Kipur.

En términos generales, la estrategia logró disuadir a los adversarios y obtener concesiones de los aliados. Bajo la lógica del proceso de Helsinki que Nixon contribuyó a construir, Estados Unidos terminaría preservando su primacía y prevaleciendo en la Guerra Fría.

4. La política exterior de Trump: ¿forjando una nueva Guerra Fría?

Uno de los principales postulados de este artículo es claro, ampliamente reconocido e intuitivamente evidente: China representa hoy, por primera vez en décadas, un desafío a la primacía estadounidense comparable al que planteaba la URSS a fines de la década de 1940 y a fines de la de 1960.

Con el doble de capacidad manufacturera y una paridad tecnológica en casi todos los ámbitos, China lidera actualmente el comercio mundial, se posiciona como par económico de Estados Unidos y se proyecta que lo supere en las próximas décadas, salvo que un *shock* mayor altere el actual equilibrio de poder.

Durante años, los estrategas estadounidenses asumieron que la liberalización económica conduciría a una apertura política en China y que el envejecimiento de su población frenaría su ascenso. Esa apuesta fracasó. Más aún, ni las disrupciones derivadas de la pandemia ni el advenimiento de la inteligencia artificial han logrado frenar el dinamismo del modelo chino.

Si bien Estados Unidos mantiene todavía una clara superioridad militar, China ha reducido significativamente la brecha: ha desarrollado sus cazas furtivos y portaaviones propios, ha desplegado una tríada nuclear y avanza con rapidez en los ámbitos espacial y cibernético.

Ante este escenario, Estados Unidos se ve impulsado a generar un *shock* geopolítico de gran magnitud mientras conserva los principales resortes de la riqueza y de la coerción a escala global: la primacía financiera del dólar y de los bancos estadounidenses, la ventaja en investigación e innovación tecnológica y, sobre todo, su incuestionable supremacía en el terreno militar.

La reacción que observamos hoy se despliega a lo largo de las cuatro dimensiones ya analizadas.

4.1. Cerco geopolítico: el “Kissinger invertido”

Al inicio de su primer mandato, Trump procuró establecer una relación personal con el líder chino Xi Jinping, a quien recibió en Mar-a-Lago en 2017 en un encuentro que alcanzó gran notoriedad. Sin embargo, esa breve fase de acercamiento dio paso rápidamente a la confrontación abierta: una dura guerra comercial, aranceles generalizados y restricciones tecnológicas que intensificaron la rivalidad entre Estados Unidos y China hasta niveles comparables a los de la Guerra Fría.

Uno de los pilares de esta estrategia confrontativa fue el cerco geopolítico a China, que Trump intentó articular en tres frentes: presionando a sus aliados en Europa y Asia Oriental para que tomaran partido y contribuyeran al esfuerzo, forjando nuevas alianzas con potencias autocráticas y ensayando una reedición de la diplomacia triangular, en este caso con la intención de aproximar a Rusia a Occidente.

De manera consistente, Trump buscó un mayor acercamiento a Rusia, elogiando con frecuencia el liderazgo de Vladimir Putin y expresando su deseo de “llevarse bien” con Moscú, a pesar de cuestiones persistentes como la injerencia electoral, la anexión de Crimea y los ciberataques.

Aunque la política estadounidense hacia Rusia bajo su administración se mantuvo parcialmente constreñida por el Congreso y el Pentágono —las sanciones continuaron vigentes y la ayuda militar a Ucrania no se interrumpió—, su retórica sugería la intención de alejar a Rusia de China en lo que constituía una versión invertida de la estrategia de Kissinger: en lugar de utilizar a China para aislar a la URSS, Trump parecía aspirar a emplear a Rusia como contrapeso frente a China.

En este sentido, Trump parecía ensayar la maniobra inversa: esta vez, atraer a Moscú. Dentro de esta lógica se inscribían sus exenciones arancelarias para determinados productos rusos y la premura con la que buscó promover un acuerdo de paz en Ucrania.

4.2. Disuasión militar: la disuasión territorial

El segundo eje de la estrategia de Trump parece haber consistido en una forma de disuasión indirecta. China podría alcanzar pronto la paridad militar con Estados Unidos, especialmente si un conflicto en torno a Taiwán le permitiera alcanzar los niveles de recaudación, movilización e inversión en tecnologías militares que solo la guerra hace posibles. Si China lograra incorporar a Taiwán, su primacía estratégica en Asia Oriental quedaría incontestada, y se consolidaría como un segundo hegemón regional: un verdadero par militar de Estados Unidos.

La cuestión clave era cómo evitar ese desenlace. La administración Biden intentó disuadir a Xi abandonando la política de “ambigüedad estratégica” y comprometiendo de manera explícita a Estados Unidos con la defensa de Taiwán. Sin embargo, esta decisión tensó aún más la relación con China y envalentonó a los nacionalistas taiwaneses, que creyeron posible transformar su país en un “puercoespín de acero” gracias al respaldo de Washington. Tal enfoque implicaba el riesgo de una escalada nuclear. La ambigüedad estratégica debía restablecerse, aunque acompañada de una forma distinta de disuasión.

Trump reinstauró la ambigüedad estratégica, aunque también pareció ensayar un enfoque alternativo: la amenaza de expansión territorial. Al sugerir —aunque de manera provocativa— la anexión de Groenlandia, o incluso de Canadá o del canal de Panamá, envió un mensaje inequívoco a Xi: si ustedes redibujan fronteras, nosotros también podemos hacerlo. Estados Unidos ocupó Groenlandia durante la Segunda Guerra Mundial, y tal simbolismo adquiere renovada relevancia en un mundo bipolar en el que la comunicación estratégica entre fuerzas militares resulta crucial.

Como en tiempos de la Guerra Fría, vivimos en un mundo donde las grandes potencias se envían mensajes codificados a través de su conducta y su retórica. El mensaje sobre el revisionismo territorial es aquí muy claro: China es el principal rival de Estados Unidos, y este reaccionará de manera recíproca, incluso recurriendo a la expansión territorial si lo considera necesario.

4.3. Unilateralismo económico: una cortina de aranceles

El tercer pilar de la estrategia de Trump fue el unilateralismo económico. Contener el ascenso de China y evitar su militarización a largo plazo requería un desacoplamiento económico, no solo con Estados Unidos, sino también con buena parte del resto del mundo. En este sentido, discrepo con los analistas que interpretan la política arancelaria de Trump como un signo de nuevo aislacionismo estadounidense o como una medida motivada exclusivamente por consideraciones internas.

Si bien los aranceles fueron con frecuencia criticados por erráticos, impulsivos o incluso contraproducentes, en el contexto de la rivalidad entre Estados Unidos

y China respondían a una lógica estratégica clara: constituían tanto una señal de compromiso como un instrumento con efectos concretos. A medida que avanzaban las negociaciones, quedó en evidencia que su lógica era eminentemente política.

El elevado costo soportado por los consumidores estadounidenses podía interpretarse como una *costly signal*: una estrategia en la cual se acepta deliberadamente un perjuicio con el fin de demostrar la seriedad del compromiso —incluso al punto de arriesgar la guerra— en la consecución de un objetivo (en este caso, contener a China).

Asimismo, los aranceles ya habían generado dos resultados estratégicos: habían iniciado el proceso de desacoplamiento entre los mercados chino y estadounidense, y habían ejercido presión no solo sobre Pekín, sino también sobre los aliados de Washington, que se veían forzados a tomar partido. Todo indica que la mayoría terminó alineándose con Estados Unidos.

En la actualidad, solo la Unión Europea parece disponer de la capacidad y el peso económico suficientes para contrarrestar las fuerzas centrífugas que configuran lo que cada vez más se asemeja a una nueva Guerra Fría. Pekín intentará proyectarse como campeón del libre comercio, pero resultará difícil convencer a un mundo ya inundado por sus productos de que alinearse con China es una opción más ventajosa.

Parafraseando a Churchill, de Helsinki a Seúl podría estar descendiendo una cortina de aranceles que rodea a China. El sistema económico internacional podría fracturarse en dos esferas: una liderada por Washington y la articulada en torno a Pekín.

4.4. Política exterior del “loco”: la más audaz de todas

El cuarto pilar de la estrategia de Trump fue el cultivo de una irracionalidad calculada. Si este componente formaba efectivamente parte de la estrategia, resultaba esencial generar la impresión de que aquella locura era auténtica, del mismo modo en que los contemporáneos de Truman y Nixon creyeron que sus políticas “demen- ciales” respondían únicamente a caprichos presidenciales.

Trump es reconocido por su temperamento volátil, un estilo que ha sostenido con consistencia a lo largo de su vida pública. De allí podría desprenderse que no hay nada estratégico en su comportamiento. La alternativa, sin embargo, es interpretar sus declaraciones sobre un nuevo “Golfo de América”, sus disputas públicas con Volodymyr Zelensky y su uso de carteles de colores para anunciar aranceles país por país no como actos fortuitos, sino como componentes de un manual político propio que, en múltiples ocasiones, le ha reportado réditos estratégicos.

En cualquier caso, hay algo que se mantiene constante: al abrazar la imprevisibilidad y adoptar decisiones que parecen irracionales, Trump obtiene ventajas estratégicas. Su volatilidad otorga credibilidad a las amenazas, incrementa la presión sobre los aliados, dificulta la capacidad de sus adversarios para diseñar respuestas confiables y eleva la percepción de que podría desencadenar una acción verdaderamente temeraria, fortaleciendo así la posición negociadora de Estados Unidos.

Esta táctica de inestabilidad inducida y sobrerreacción calculada —o *brinkmanship*— trasciende la retórica y el espectáculo. Los bombardeos selectivos contra instalaciones militares iraníes — ejecutados sin aprobación del Congreso y, en muchos casos, con mínima consulta internacional— respondieron al mismo propósito estratégico: demostrar la disposición a escalar conflictos de manera imprevisible, dejando a los oponentes en la incertidumbre acerca de los límites reales. Tales acciones reforzaron la imagen de un comandante en jefe dispuesto a abandonar la moderación convencional, consolidando la percepción de que cualquier provocación podía desencadenar una respuesta desproporcionada.

De este modo, el uso de la fuerza se convierte no solo en un instrumento de política militar, sino también en una herramienta psicológica inscrita en una estrategia más amplia de diplomacia coercitiva. Tal como lo fue el uso de la bomba atómica bajo Truman o las campañas masivas de bombardeo conducidas por Nixon sobre Vietnam y los países vecinos.

Conclusión

De la comparación con Truman y Nixon se desprende una respuesta estadounidense recurrente ante la percepción de erosión de su primacía: una estrategia de cuatro componentes, basada en el cerco geopolítico, la disuasión militar, el unilateralismo económico y la imprevisibilidad calculada. La política exterior de Trump, a menudo desestimada como errática o excepcionalmente disruptiva, se inserta en realidad en un patrón más profundo del comportamiento estratégico de Estados Unidos bajo condiciones de rivalidad estructural.

Los paralelismos históricos sugieren que el enfoque de Trump no supuso una ruptura con la tradición de la política exterior estadounidense, sino una reactivación de su forma más coercitiva y enérgica —aquella que emerge cuando se percibe que el equilibrio global de poder comienza a inclinarse en su contra—. La actual rivalidad con China, al igual que las confrontaciones con la URSS, está siendo moldeada por este reflejo estratégico. Así como Truman redefinió alianzas tras la Segunda Guerra Mundial y Nixon alteró normas económicas y diplomáticas en la década de 1970, Trump buscó reconfigurar los fundamentos del orden global en términos favorables a Estados Unidos antes de que China pudiera hacerlo primero.

La nueva Guerra Fría quizá carezca, por ahora, del teatro ideológico de su predecesora del siglo XX, pero ya exhibe las mismas dinámicas duras: formación de bloques, fragmentación comercial, militarización regional y normalización del *brinkmanship*. Si efectivamente estamos ingresando en una nueva era bipolar, será una definida no por la pureza ideológica, sino por la tensión permanente, la coerción recurrente y los esfuerzos continuos por controlar las condiciones de la rivalidad.

Esto no significa que la historia vaya a repetirse de manera exacta. Las instituciones, las tecnologías y las interdependencias propias del siglo XXI darán forma inevitablemente a la confrontación entre Estados Unidos y China de modos inéditos. Sin embargo, si tomamos a Truman y a Nixon como referentes, cabe esperar que Washington siga escalando la confrontación hasta asegurar un nuevo perímetro de ventaja.

Queda la incógnita de si ello podrá lograrse sin derivar en una guerra a gran escala. Lo que sí resulta claro es que los movimientos aparentemente erráticos de Estados Unidos no constituyen señales de declive, sino síntomas de una estrategia. Detrás del caos hay un patrón. Y detrás de ese patrón, una lógica geopolítica.

Referencias

- Eichengreen, B. (2011). *Exorbitant privilege: The rise and fall of the dollar and the future of the international monetary system*. Oxford University Press.
- Kaplan, R. (7 de enero de 2019). A New Cold War has Begun. *Foreign Policy*. <https://foreignpolicy.com/2019/01/07/a-new-cold-war-has-begun/>
- Mearsheimer, J. J. (2001). *The tragedy of great power politics*. W.W. Norton & Company.
- Schelling, T. C. (1966). *Arms and influence*. Yale University Press.
- Schenoni, L. (2019). Bipolarity or Hegemony? Latin America's dilemma for the 21st Century. *E-International Relations*. <https://www.e-ir.info/2019/02/24/bipolarity-or-hegemony-latin-americas-dilemma-for-the-21st-century/>
- Sciutto, J. (2020). *The madman theory: Trump takes on the world*. Oxford University Press.
- Steil, B. (2013). *The battle of Bretton Woods: John Maynard Keynes, Harry Dexter White, and the making of a new world order*. Princeton University Press.
- Waltz, K. N. (1979). *Theory of international politics*. Addison-Wesley.